



PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.
SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI. MADRID, 22 DE MAYO DE 1882. NÚM. 19.

SUMARIO.

1. Sombrero grande de paja Sumatra.—2. Gorra para hombres.—3 y 29. Vestido de lienzo estampado.—4 y 20. Vestido de batista lisa.—5 y 6. Marinera de casa, para hombres.—7. Chorrera de encaje y cintas.—8. Cuello con chorrera de gasa de seda y encaje.—9. Bordado sobre cañamazo fino.—10 y 11. Casaquin.—12. Fichú de granadina de seda.—13 y 14. Vestido de lana lisa y seda de cuadros.—15. Traje de paseo.—16. Vestido de lana beige y abrigo de viaje.—17 y 18. Vestido con frac de lienzo azul.—19 y 31. Vestido de batista de cuadros.—21. Traje para niñas de 10 á 12 años.—22. Vestido de lienzo estampado, para señoritas.—23. Traje de raso maravilloso.—24. Paletó de armure de verano.—25 á 28. Trajes para niños de 3 á 4 años.—30. Mantelita de raso y tul bordado de azabache.—32. Traje de marinero para niños de 7 á 9 años.

Explicacion de los grabados.—La Vida real: Apuntes para un libro, por D.^a María del Pilar Simués.—Las Mujeres y las flores, por D. Ginés Albero.—Cantares, por D. Rosendo de los Ríos.—Dos Angeles, historia vulgar (continuacion), por D. Eusebio A. Escobar.—Comidas de ceremonia, por X. Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—Suelos.—Soluciones.

Sombrero grande de paja Sumatra. Número 1.

Ala levantada, forrada de terciopelo jaspeado por una sola parte. Alrededor de la copa, un rizado de terciopelo jaspeado. Por delante, ocho plumas cortas, con un plumero alto de color de rosa camaron.

Gorra para hombres. Núm. 2.

Las figs. 51 y 52 de la Hoja-Suplemento á nuestro núm. 15 corresponden á este objeto.

La gorra es de paño color de nùtria y va forrada de tafetan. El contorno va ribeteado de una cinta de seda. Se corta un pedazo entero por cada una de las figs. 51 y 52; se pasan á la tela los contornos del dibujo, y se ejecuta el bordado al punto de cadeneta y punto ruso, con torzal de seda marron claro y marron oscuro; se juntan el fondo y el borde de la gorra acercando los números iguales; se les algodona, se les forra, y se ribetea la gorra con una cinta de color de nùtria.



En los puntos marcados con una estrella se cose una cinta igual, con la cual se forma un lazo.

Vestido de lienzo estampado.—Núms. 3 y 29.

Para la explicacion y patrones, véase el número 1, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento al presente número.

Vestido de batista lisa. Núms. 4 y 20.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Marinera de casa, para hombres.—Núms. 5 y 6.

Para la explicacion y patrones, véase el número VII, figs. 35 á 40 de la Hoja-Suplemento.

Chorrera de encaje y cintas. Núm. 7.

Para esta chorrera se fruncen unos 3 metros de encaje crema de 10 centímetros de ancho, y se reúnen los lados trasversales de este encaje. Se les cose, como indica el dibujo, sobre un entredos de 38 centímetros de largo por un centímetro de ancho. Sobre su borde superior se fijan dos cintas de raso crema de 70 centímetros de largo y 6 centímetros de ancho. Se doblan estas cintas como indica el dibujo, y se les pega por detras formando un lazo.

Cuello con chorrera de gasa de seda y encaje. Núm. 8.

Para este cuello se corta un pedazo de gasa de seda cruda (la tela al sesgo), de un metro 30 centímetros de largo y 25 centímetros de ancho. Se redondean los bordes trasversales y se pliega el pedazo del medio sobre un largo de 43 centímetros y sobre un ancho de 3 centímetros. Este pedazo plegado va adornado en su borde inferior con un encaje crema, plegado, de 6 centímetros.

Un encaje igual, puesto de plano, cubre el

1.—Sombrero grande de paja Sumatra.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

cuello, cuyos paños, adornados de encaje, van plegados y dispuestos en forma de chorrera.

Bordado sobre cañamazo fino.—Núm. 9.

Se emplea este bordado para cabecera ó cortinillas. Nuestro modelo representa la cuarta parte de la cabecera, y el dibujo puede repetirse lo mismo á lo ancho que á lo largo. Despues de pasar al cañamazo los contornos del dibujo, se ejecuta el bordado con lana fina. Para hacer las barretas que reunen las diferentes partes del



2.—Gorra para hombres.

dibujo, se *tiende* lana color aceituna, la cual se festonea *volviendo* con lana del mismo color, pero de matiz más claro. Para las barretas enrolladas, se extiende el hilo *yendo* y se le enrolla *volviendo*. Las flores van hechas con lana encarnada, azul y bronce, y los arabescos, con lana aceituna oscuro y aceituna claro. Cuando el bordado está concluido, se recorta la tela por fuera de los contornos.

Casaquin.—Núms. 10 y 11.

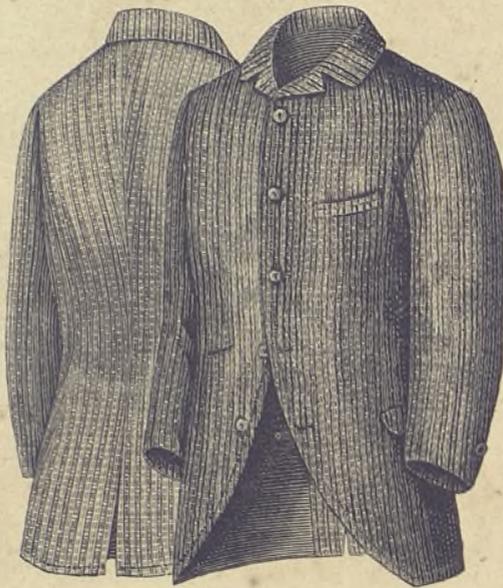
Esta prenda sirve para ponerla con faldas de tela diferente, bien



7.—Chorrera de encaje y cintas.



3.—Vestido de lienzo estampado. Delantero. (Vtase el dibujo 29.) (Explic. y pat., núm. 1, figuras 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.)



5 y 6.—Marinera de casa, para hombres. Espalda y delantero. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 35 á 40 de la Hoja-Suplemento.)



4.—Vestido de batista lisa. Espalda. (Vtase el dibujo 20.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



8.—Cuello con chorrera de gasa de seda y encaje.



9.—Bordado sobre cañamazo fino.



10.—Casaquin. Delantero.



12.—Fichú de granadina de seda.
(Explic. y pat., núm. IX, fig. 51 de la Hoja-Suplemento.)



11.—Casaquin. Espalda.



13.—Vestido de lana lisa y seda de cuadritos. Espalda.



15.—Traje de paseo.
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

16.—Vestido de lana beige y abrigo de viaje.
(Explic. y pat., núm. II, figs. 8 y 9^a de la Hoja-Suplemento.)



14.—Vestido de lana lisa y seda de cuadritos. Delantero.

sea para casa ó para calle. Por delante forma solapas y se abre sobre un chaleco alto, de color distinto. Las aldetas largas terminan en una banda plegada formando *paniers*. Las mangas son largas y ajustadas, con carteras guarnecidas de un lazo. Por detras la banda pasa bajo una de las aldetas del corpiño y va á formar un lazo grande, cuyos extremos caen sobre la falda. Una especie de plegado en forma de abanico doble termina la aldetta enmedio.

Fichú de granadina de seda.
Núm. 12.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IX, fig. 51 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de lana lisa y seda de cuadritos.—Núms. 13 y 14.

La falda de este vestido va cubierta, en parte, de *surah* de cuadritos fundidos, cuyo color dominante es el azul oscuro. Se hace la falda de muselina de

lana azul oscuro liso; se la guarnece con un volante de la misma muselina de lana, de 15 centímetros, y se la cubre con un pedazo de *surah* de cuadritos, de 60 centímetros de alto, y cuyo borde inferior va recortado en *hendiduras*, de 16 centímetros de alto, repetidas á intervalos regulares de 6 centímetros. La parte de detras de cada abertura va reunida á un pedazo de faya ó de *surah* azul oscuro liso, de 8 centímetros de ancho, sesgado en su borde superior, de manera que sólo tenga 4 centímetros de ancho. Cada uno de estos trozos va fruncido en su lado largo, de manera que sólo tenga 6 centímetros de alto; despues de lo cual se le cose sobre la falda, para formar una guarnicion, como nuestro dibujo lo indica. Túnica y corpiño de muselina



17.—Vestido con frac de lienzo azul oscuro y azul claro. Delantero. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 29 á 34 de la Hoja-Suplemento.)



24.—Paletó de armure de verano. (Explic. y pat., núm. III, figs. 10 á 17 de la Hoja-Suplemento.)



23.—Traje de raso maravilloso. (Explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.)



18.—Vestido con frac de lienzo azul oscuro y azul claro. Espalda. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 29 á 34 de la Hoja-Suplemento.)



20.—Vestido de batista lisa. Delantero. (Véase el dibujo 4.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

21.—Traje para niñas de 10 á 12 años. (Explic. y pat., núm. IV, figuras 18 á 27 de la Hoja-Suplemento.)

22.—Vestido de lienzo estampado, para señoritas. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 41 á 50 de la Hoja-Suplemento.)



19.—Vestido de batista de cuadros. Espalda. (Véase el dibujo 31.) (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

de lana azul oscuro liso. El cuello, el pecho y las solapas son de *surah* de cuadritos. Lazo grande de cinta de moaré azul oscuro, de 9 centímetros de ancho.

Traje de paseo.
Núm. 15.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido de lana beige y abrigo de viaje.
Núm. 16.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 8 y 9^{ab} de la Hoja-Suplemento.

Vestido con frac de lienzo azul.
Núms. 17 y 18.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figs. 29 á 34 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de batista de cuadros.
Núms. 19 y 31.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

Traje para niñas de 10 á 12 años.—Núm. 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 18 á 27 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de lienzo estampado, para señoritas.
Núm. 22.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figs. 41 á 50 de la Hoja-Suplemento.

Traje de raso maravilloso.
Núm. 23.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Paletó de armure de verano.
Núm. 24.

Para la explicación y patrones, véase el número III, figs. 10 á 17 de la Hoja-Suplemento.

Trajes para niños de 3 á 4 años.
Núms. 25 á 28.

Núm. 25. **Traje de calle para niños de 4 años.** Vestido de paño verde oscuro, fruncido en el talle. Esclavina de terciopelo del mismo color, fruncida en el cuello. Mangas con carteras de terciopelo. Sombrero de paja ó fieltro con pluma blanca. Polainas de paño verde.

Núms. 26 y 27. **Traje de lanilla para niños de 3 años.** El vestido va ajaretado, con un volante ancho fruncido y tiras recortadas, por las cuales se pasa un cinturón ancho de raso color rosa,



25.—Traje de calle para niños de 4 años.

26 y 27.—Traje de lanilla para niños de 3 años. Delantero y espalda.

28.—Traje de marinero para niños de 3 años.



29.—Vestido de lienzo estampado. Espalda. (Véase el dibujo 3.) (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.)

30.—Manteleta de raso y tul bordado de azabache. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

31.—Vestido de batista de cuadros. Delantero. (Véase el dibujo 19.) (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

32.—Traje de marinero para niños de 7 á 9 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

anudado por delante. Cuello cuadrado de raso.

Núm. 28. **Traje de marinero para niños de 3 años.** Este traje es de lanilla azul. Falda con pliegues. Blusa vuelta en la cintura. Cuello vuelto sobre un chaleco azul y blanco. Todo el traje va guarnecido de trencillas de cerda blanca.

Manteleta de raso y tul bordado de azabache.
Núm. 30.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

Traje de marinero para niños de 7 á 9 años.
Núm. 32.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

LA VIDA REAL.

APUNTES PARA UN LIBRO.

VIII.

Valentina á Roberto.

Toledo, Agosto de 1876.

Me acusas, mi querido hermano, de parcialidad hácia mi sexo, y de que le dedico todas mis simpatías; es decir, me acusas implícitamente de amar más á Cecilia que á tí; y como sabes que tu queja, á pesar de la ternura que encierra, es muy injusta, la formulas con cierta timidez, que me ha hecho sonreír.

Aparte del sagrado lazo que á tí me une, están tambien unidas nuestras almas por un parentesco más verdadero y más indisoluble aún que el de la sangre; nos acercan los lazos del pensar y del sentir del mismo modo, la armonía de las ideas y la identidad de los gustos. Y queriéndote á tí con tanta verdad y solidez, necesario es que ame sinceramente á Cecilia y á tus hijos, cuando el cielo te los conceda.

No, no doy la razón á tu mujer, como me insinúas en tu carta: se la doy cuando te escribo á tí; pero en las cartas que á ella le dirijo te defiendo á tí, y no hay un detalle de que yo no me apodere para hacerme aparecer amable á sus ojos.

Cecilia tiene una bella alma, á la vez amorosa y activa, y como la suya

hay muchas almas de mujer que cruzan desconocidas y solas el áspero camino de la vida; inclina los ojos, Roberto, al fondo de esa alma, y verás cómo, por causa tuya, se ha marchitado ya alguna de sus flores; necesita amor y cuidados, y el hielo de tu severidad la enfria y le roba la alegría y el sol.

Si esperas, para ser afectuoso con Cecilia, á que ésta se queje de tu indiferencia, no lo serás nunca, porque ella jamás se quejará; pero si no cambias de sistema, la frialdad de su alma se hará cada día más grande, y en el erial no brotará dentro de poco ninguna flor, ni vivirá ninguna ilusión.

—Mi mujer—me dices—es prosaica y nada comunicativa.

¡Ah, Roberto, tu mujer no es nada todavía! Tú has de formarla, aconsejándola, dirigiéndola con cariño ó inteligencia; no la separes de ti creyéndola incapaz de comprenderte; no levantes entre ambos una barrera moral, que sería cada día más alta y más imposible de salvar; piensa que, aunque Cecilia ha vivido en el seno de una familia desunida, su alma ansiaba la paz y la dulzura del hogar: tú eres para ella lo desconocido; ignora de qué manera podrá agradarte, y esta ignorancia, unida á su deseo de lograrlo, constituye ya una tortura, que oscurece todas sus buenas cualidades.

Deja un poco de pensar en la política y en los negocios, para pensar en tu mujer: sal con ella, habla con ella y dale alguna parte en tu vida; y cuando los demás la hallen bonita, porque lo es, y mucho, alégrate, en vez de ponerte sombrío como Otelo: ¿quisieras que la hallasen fea y desagradable?

Pero tú no sabes lo que quieres: tu espíritu inquieto no detiene su vuelo en ningún sentimiento grave, porque los que careceis de fe religiosa no la teneis, ni en las demás cosas, ni en vosotros mismos.

Todo lo que la filosofía, todo lo que la ciencia os enseña es la duda cobarde, el descontento y el cansancio de la vida: de todo os quejais, porque todo lo hallais detestable y molesto, y queréis que las pobres mujeres os suavicen el camino, y que sean alternativamente ángeles y heroínas, y eternamente mártires de vuestras sinrazones.

Mi pobre Roberto, tu ignorante hermana, que sólo sabe cuidar de su casa y de sus hijos, tiene que enseñarte á ti, hombre de ciencia, una gran verdad: y es, que la vida no es un valle florido, sino una pendiente escarpada, que es preciso subir elevándose sin cesar, bajo la pena de caer rodando hasta el suelo cada vez que se pierde el valor ó se trata de sentarse.

Renombre, fortuna, todos los bienes terrestres se deshacen entre las manos del débil, del que se cansa de trabajar, de luchar, de sufrir y de merecer aquellos bienes por su propio esfuerzo: hay una maldición unida á la cobardía moral: bien sé que no tienes que trabajar para vivir; pero trabaja en hacerte mejor, trabaja para librarte de tus defectos: el trabajo es una tiranía saludable, y cura y reanima el ánimo más enfermo y más abatido: trabaja, no sólo intelectual, sino también moralmente: calma las intermitencias de tu orgullo, é inclínate hácia ese delicado arbusto que puede crecer hasta ti si le prestas apoyo: inclínate hasta Cecilia y perdónale, no sólo el ser inferior á ti, sino el agrandar, sin quererlo y sin saberlo, á los demás.

La mujer recibe la segunda y más importante educación de su marido: ten la triple firmeza del corazón, del talento y de la conciencia, y Cecilia hará de ti el ídolo de su alma; una palabra del esposo hace de una jóven esposa una mujer feliz, y la felicidad es el origen de las más grandes virtudes; ningún malvado, ninguna mujer sin corazón, han sido nunca dichosos.

Nada hacemos nosotras como vosotros: pensamos, amamos, hablamos de otra manera. Michelet lo ha dicho: «El pájaro canta y desea articular: el hombre tiene la palabra clara y luminosa, la elocuencia del lenguaje. Mas la mujer tiene un lenguaje mágico: el suspiro; apenas deja oír este lenguaje, el corazón se conmueve; no habla y ya está subyugada nuestra voluntad, y ya estamos dispuestos á todo lo que ella quiere: ¿qué arenga del hombre alcanza lo que el suspiro de la mujer?»

Así dice el gran poeta, y yo te aconsejo que no escuches con desden los suspiros de tu mujer: ten cuidado, Roberto: de todos los extravíos de las mujeres, más ó menos directamente, tienen la culpa los hombres. Cecilia hallará en el mundo muchos que le digan palabras dulces y que le envíen dulces miradas: deja ya tu misantropía y tus pueriles temores, y sé el compañero y el amigo de tu esposa: deja el egoísmo, triste fruto de tus decepciones, y reposa en esa jóven alma; soporta la prosa que encuentres en el modo de pensar de tu mujer, y educa su pensamiento, para que ella pueda llegar á tu altura. Las jóvenes son como esas delicadas plantas trepadoras que, si la mano de un hábil jardinero las sostiene y las enlaza, forman cortinas móviles de gracia incomparable y que borda de flores el ambiente de la primavera; pero que si se dejan abandonadas, caen al suelo, y allí se marchitan y mueren en breve espacio.—Valentina.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

LAS MUJERES Y LAS FLORES.

NINGUNO de los seres humanos ejerce en el planeta influencia tan soberana como la influencia que ejerce la mujer en nuestra sociedad; y ninguno de los seres vegetales, á su vez, goza en los vastos dominios de la Naturaleza el prestigio que gozan á una las plantas y las flores. Ambas á dos, las mujeres y las flores, parecen nacidas y criadas por providenciales decretos, para esmaltar y embellecer de consuno la magnificientísima obra de la Creación. Quitadle al tranquilo hogar la mujer virtuosa, y le habréis quitado la poesía, el sentimiento, la vida. Despojad el frondoso

verjel de plantas y de flores, y veréisle convertido súbitamente en tenebroso, solitario páramo.

Como nadie puede, ni por un minuto, detener la marcha triunfal de los astros en el cielo, nadie puede tampoco cortar al pensamiento sus etéreas alas y constreñirle y obligarle á pensar sobre determinadas cosas. En uno de estos raudos vuelos, quizás por desvario de la mente, más bien que por ardor de la fantasía, desalado corrió mi pobre pensamiento á regiones extrañas, á tierras ignoradas, á países ocultos, á sociedades completamente distintas á nuestras sociedades.

Aun me acuerdo. Era una tarde calurosa del mes de Junio. Trasponia el sol, marchando hácia su ocaso, los vecinos montes, y las nubecillas del cielo se teñían de encendidos y brillantes colores. En medio del valle, un torrente, y por el torrente esparcidas, frondosísimas matas de juncos, que lucían su verde oscuro, al par que lucían también, formando bello contraste, las matas del baladre, como en lengua provincial se dice á las adelfas, sus flores de grana. De vez en cuando, la sencilla canción pastoril, dulce y melódica, hendía los aires cargados de esencias, y agitaba y hacía estremecer de gozo las fibras del corazón. Desde el sonido monótono de los cascabeles del ganado, y los píos de las avecillas del cielo, y el balido de las ovejas, y el murmurar del río; el aura suave, que mecia dulcemente las hojas en los árboles; el diáfano azul del cielo, que se reflejaba en el cristal del arroyo; los aromas de los frutos, que enardecían la sangre en las venas; desde el chirrido desapacible de las cigarras escondidas, hasta el gorjeo armoniosísimo de los ruiseñores enamorados; todo á porfia convidaba en aquel paraíso de vida exuberante, al recreo y solaz del espíritu.

Pero el pensamiento, á guisa de inquieta espumosa ola ó de ligera transparente nube, corría desalado, como en competencia con la golondrina, que cruzaba en raudos vuelos, ante mis ojos, los aires. Y en vez de confundirse y extasiarse contemplando las maravillas mil de la pródiga Naturaleza, aferrábase fuertemente á pensar lo que sería el mundo sin las mujeres y sin las flores. Cortos minutos duró esta meditación extraña; pero los bastantes en sí para aterrar mi ánimo y adolorar mi corazón.

Parecía vuelto el planeta al caos primero, y á las oscuras tinieblas de la nada, según lo triste y solitario. No resonaba en la rústica choza del pastor sencillo la voz argentina de su fiel compañera, entonando, mientras muñía las vacas con ahinco, en cadenciosas notas, bucólico cantar; las ondas plateadas del mar azul no recogían en sus repliegues los suspiros amorosísimos que el marinero enamorado dejaba salir de su pecho ardiente, al dar, en tierna despedida, el postrer adiós á la mujer predilecta de su alma; la humildé vivienda del pobre jornalero, sin su ángel de ventura, sin su mujer virtuosa, asemejábase á frío sepulcro, donde, por no haber nada sensible y poético, ni siquiera había una flor balsámica que fortaleciese con sus esencias el cuerpo rendido de trabajar, y consolase con sus matices el alma anhelante de amores: parecían eriales las cámaras régias del opulento palacio, porque no sustentaban en sus recintos hermosísimas damas, ni hendían el aire suspiros voluptuosos, ni atravesaban la atmósfera miradas relampagueantes. Todo era tristeza, desolación y espanto en aquella especie de sociedad huérfana.

Y lo mismo sucedía en la Naturaleza. Cantaban en regocijante coro sus himnos de amor los pintados pajarillos, y sus dulces notas, al extenderse por el espacio infinito, no vibraban con la sonoridad y la armonía con que vibran y suenan en el bosque ameno, cuando, nerviosos é inquietos, saltan sobre las verdes ramas de los frondosos árboles, donde su compañera empoza con sin igual paciencia los huevos próximos á esclatar, según la bella expresión lemosina, en el nido artístico; murmuraba el río eternos monótonos cantares, y sus ecos se perdían en la concavidad del valle ó en la cima del monte, sin haber logrado conmovier ni un punto el alma del transeunte, muerto de pena á la contemplación de las riberas, desiertas de vividas plantas y de aromáticas flores; no teñían caprichosas bóvedas los zarzales sobre el cauce de los arroyos mansos, parecidos en su tortuosidad á verdaderas sierpes de plata, ni se entrelazaban y ceñían allí en el bosque las madrevelas con los flóamtes; no iban los peces á depositar sus huevecillos en las flotantes marinas ovas, ni las mariposas volaban, para librarles su miel, en torno de las flores silvestres; y la atmósfera sin vapores de incienso, y el prado sin verde alfombra, y el desierto sin oasis, y el mar sin algas, y la tierra sin vegetales, habían convertido aquel triste planeta en caverna tenebrosa, poblada de seres sin corazón y sin entrañas. Como no es posible un cielo sin soles, un sol sin luz, una luz sin calor, no es posible tampoco una sociedad sin mujeres, ni una Naturaleza sin flores.

¡Cuán misteriosa la analogía que guardan entre sí en sus sendas vidas y en sus diferentes esferas las mujeres y las flores! Delicadas como todo lo bello, las unas pierden su prístina pureza al más leve contacto de profanas manos, mientras las otras, arrancado por el huracán el brote que las contiene, ó deshecha entre los dedos la corola que las viste, caen marchitas sin proferir un gemido, sin exhalar una queja, al pié de su propia cuna, junto al tronco de su mata verde ó de su árbol frondoso.

Nacen las unas destinadas á embellecer la vida del hombre con sus amores tiernos, y las otras nacen destinadas á mostrarnos la procreación progresiva de las especies, el sentimiento de la Naturaleza, la providencia de Dios. Y si la mujer es sensible, la sensitiva es más sensible aún; y si es modesta la mujer, aún es todavía, si cabe, más modesta la violeta. Y ora flexible como la palma del desierto; ora con labios de coral; ya despidiendo de su boca, parecida á entreabierto capullo, dulce ambrosía, ó ya luciendo en su rostro hechiceros matices de la alejandrina rosa; unas veces prodigándoles con solicitud tiernos cuidados, y deshojándolas despiadadamente otras; tomándoles aquí sus propios nombres con la Rosa ó con la Margarita, ó guardándolas allá, como triste recuerdo de amor, entre las hojas de su devocionario; siempre las flores, rodeadas, como las almas, de misterios; mensajeras de la estación nueva, como

la alondra del nuevo día; símbolos eternos de las pasiones ardientes, preciadas prendas de amor entre los amantes tiernos, signos de ventura y de paz, estrellas de la tierra, alegría de los ojos; por sus varios y encendidos matices, por la miel de sus cálices y el incienso de sus corolas, por sus amores inenarrables, por su galanura indecible, por la belleza de sus formas y la brevedad de su vida, confundiránse, y casi se identificarán, con las mujeres, de quienes son cariñosas hermanas é inseparables compañeras.

Juntas las vemos en los cementerios, sobre las losas frías de los luctuosos sepulcros; aquéllas, llenándolo todo con sus lágrimas de dolor, y embalsamándolo todo, éstas, con sus esencias embriagadoras; juntas van al pié de los altares benditos, á proferir, las unas, el anhelado amoroso sí de reglamento, y á simbolizar las otras, con sus guirnaldas de azahares, la virginidad de la reciente desposada. Y si, con frecuencia, la mujer nos incita á las empresas más difíciles y más arriesgadas, siempre las flores premian con sus coronas los grandes triunfos de la vida. A semejanza, pues, de nuestra sacratísima religión, ensalcemos la mujer, llamándola rosa mística, sol del cielo, estrella matutina, delicia, alegría, contento, amor, felicidad; y á imitación de los pueblos antiguos, corramos presurosos al templo de Flora, á entonar, en elogio y alabanza de las flores, himnos regocijantes de exaltado amor.

GINÉS ALBEROLA.

CANTARES.

Como el azul del cielo
Es la esperanza,
Tan hermosa y tan grande;
Mas no se alcanza.
¡Pobre alma mía,
Entre anhelos y sueños
Pasar la vida!
Inquieta como el viento
Es la fortuna:
Al polvo abate á algunos,
A otros encumbra.
¡Ay del caído!
No hallará mano amiga
Que le dé auxilio.
Deseamos con ansia
Cualquier objeto,
Y después de alcanzado
No lo queremos;
Que no ciframos
Nuestra dicha en aquello
Que hemos logrado.
El sol hermoso brilla
En lo infinito,
Sin que puedan los ojos
Mirarlo fijos.
La verdad pura
Al enfermo del alma
También ofusca.

ROSENDO DE LOS RÍOS.

Jaen.

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Continuación.)

ENRIQUE estaba confundido. No tenía palabras que oponer á las de Anselmo, ni sabía cómo salir de aquella situación.

—El silencio de V. es suficiente prueba de la verdad de cuanto he dicho—prosiguió Anselmo.—He concluido ya, Sr. D. Enrique; que sea V. tan feliz como desgraciada ha hecho usted á esta niña.

Enrique seguía con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si no hubiera oído la despedida de Anselmo.

Blanca no cesaba de llorar.

Hay situaciones en la vida en que el silencio y las lágrimas dicen más que todas cuantas palabras puedan pronunciarse, por mucha que sea la elocuencia con que estén adornadas.

Enrique, en el fondo de su alma, estaba arrepentido de la conducta que había observado con Blanca, y hubiera dado diez años de vida por no haber conocido á Mercedes.

De cuando en cuando alzaba los ojos sobre aquélla, y al ver los suyos empañados por el llanto, al contemplar las huellas que los pesares habían producido en su bellissimo rostro, maldecía su veleidad y su inconstancia.

Blanca también miraba al que fué su amante, y le compadecía: en aquel momento olvidaba todos sus insomnios, todas sus lágrimas, y no veía más que al hombre que había hecho latir su corazón por primera vez, por el que había conocido el más dulce de los sentimientos, y hubiera deseado que la distancia que les separaba de la fonda se hubiera hecho inconmensurable.

Anselmo no volvió á despegar sus labios: había desaparecido de su rostro el tinte de sarcasmo que le cubría, y marchaba también triste y pensativo.

En este estado llegaron á la Puerta del Sol y á la fonda del Comercio.

Entonces volvió á tomar la palabra Anselmo, diciendo: —No se moleste V. más, D. Enrique; le repito que deo su felicidad, y le ruego que no vuelva á acordarse de que existimos nosotros en el mundo. Yo también haré lo posible por hacer olvidar á Blanca que existe usted.

—¡No!—dijo al fin con explosión Enrique.—Yo necesito, yo quiero dar á ustedes, dar á Blanca una explicación de mi conducta; quiero que me oiga, y si despues me condena, sufriré su olvido con resignación.

—Está vedada para V., de hoy en adelante, la puerta de la casa en que Blanca viva; no vuelva V. á hablar más de eso.

—Si; volveré á hablar, porque busco la absolución de mi falta. Se la pediré á ella, y ella no me la negará. ¿No es verdad, Blanca?

Esta guardó silencio; la voz se anudaba en su garganta, y no podía contestar.

—Tú también, Blanca, me niegas lo que pido?

—¡No, yo no!—dijo la niña—y un raudal de llanto volvió á brotar de sus ojos.

—¡Ah, ya lo sabía! Entonces, mañana á las diez vendré; ¿le parece á V., Anselmo?

—Si ella quiere.....

—Si, tío.

—Bueno, pues hasta mañana.

—Hasta mañana, Blanca. ¿No me quieres dar la mano?

—Si, tómala..... tómela usted.

—Adios.

—Adios.

Entraron Blanca y Anselmo, y Enrique quedó paseando por la acera, en lucha con la más viva agitación. No podía reflexionar, porque los acontecimientos se presentaban á su mente en confuso tropel, y no se hallaba ni con fuerzas para ordenarlos.

Por una parte, Blanca, su cariño, su belleza, sus pesares, hijos de la conducta que él había observado; por otra, Mercedes, el purísimo amor que ésta le profesaba, el agradecimiento que debía á su familia, y la noticia de su casamiento con ella, que ya había corrido por todo Madrid.

Si Enrique hubiera sido un hombre como hay tantos, que se hacen una gloria de causar la eterna desdicha de una mujer, no hubiera vacilado un momento, ni le hubiera apurado la situación en que se encontraba.

Pero Enrique era bueno, amante, sensible, y el pensamiento de que irremediamente tenía que hacer desgraciado á uno de aquellos dos ángeles sublevaba su noble espíritu y le sumía en la desesperación.

Así es el hombre; por su propia voluntad, sin reflexionar en las consecuencias, comete actos que luégo, á costa de su vida, quisiera deshacer; pero que ya es imposible: entonces, no teniendo á quién hacer reo del mal que le anonada, cuando todavía la virtud y la dignidad anidan en su pecho, revuelve contra sí mismo su saña, y de ahí dimana uno de los crímenes más horribles que el hombre puede llevar á cabo: ¡el suicidio!

CAPÍTULO VI.

Incertidumbres y confusiones.

Blanca no pudo cerrar los ojos un momento aquella noche.

La pobre niña creía un sueño todo lo que había pasado; pero un sueño que llevaba á su corazón una dulce esperanza.

¿Qué la diría Enrique al día siguiente? ¿Llegaría á disculpar su conducta?

Ella lo creía así de buena fe, y no sólo lo creía, sino que ya en el fondo de su alma le disculpaba.

—¿Quién sabe, se decía, si las circunstancias le habrán obligado á serme infiel? Además, en cinco años que no nos veíamos, y viviendo en un punto como Madrid, que tantos encantos ofrece, ¿cómo podría yo figurarme que iba á ser constante su amor? Es verdad que yo, en cualquier pueblo y situación que hubiese estado, nunca le habría olvidado un momento, ni pensado en nadie más que en él; pero un hombre no es lo mismo que una mujer; un hombre, si ha de concluir una carrera, si ha de ser conocido y apreciado, tiene que entrar de lleno en el mundo, asistir á reuniones, tratar á mucha gente; mientras la mujer, como no cuenta con otra carrera que su casa, tiene menos motivos para faltar sin querer á sus juramentos.

¿Cuándo llegará mañana!—exclamaba á veces en medio de la confusión de sus ideas.—¿Qué me dirá? ¿Notaré en sus ojos lo mismo que cuando juntos, allá en el pueblo, se deslizaba el tiempo, felices ambos con nuestro amor y nuestras ilusiones?

¡Ah! pero yo estoy loca—pensaba luégo;—¿cómo acoge mi mente la esperanza de que me ame aún, cuando sé que va á casarse?... ¡Y qué bella es Mercedes! ¡Qué corazón más bueno debe encerrar su pecho, y cuánto le amará también! ¡Pobrecita, si sufriera un desengaño como el mío!

Más valía que no hubiera venido á Madrid; de este modo yo padecería sola, y no causaría tal vez la desgracia de los dos. ¡Si yo mañana me negara á verle! ¡Si nos marcháramos temprano de esta casa sin decir dónde íbamos!... Pero, ¡Dios mío, esto es demasiado para mis fuerzas! ¡no verle más!... ¡ah, no! es un sacrificio que no puedo acometer. ¿Para qué quiero entonces la vida?

Batallando con estos pensamientos, y haciendo otras mil reflexiones, se pasaban las horas, que eran siglos para el afán de Blanca.

No muy lejos de allí, en una casa de la calle del Caballero de Gracia, tampoco podían entregarse al sueño dos personas, por la misma causa. Sentadas en el diván de un elegante gabinete se hallaban Mercedes y su madre haciendo conjeturas sobre Blanca y su tío, la emoción de Enrique al verlos, y su precipitada despedida.

—Aquí hay algo que no podemos adivinar—decía doña Justa;—algo grave, que es preciso saber á toda costa. Aquella joven estaba temblorosa y con las lágrimas en los ojos, y el anciano que la acompañaba, poseído de una cólera que en vano trataba de disimular.

—¿Quién sabe lo que será?—añadía Mercedes;—no culpes á Enrique sin haberlo oído, mamá.

—No le culpo, hija mía; pero dentro de un mes será tu marido, y la menor sospecha que pueda tener de que no es digno de tí me hace no descansar un momento hasta saber la verdad; no quiero en el que ha de ser mi hijo misterios de ninguna clase.

—Él no los ha tenido nunca con nosotras, y su conducta ha sido siempre intachable, mamá; eso lo dice todo el mundo.

—Sin embargo, yo averiguaré quién es esa joven, y las relaciones que le unen á Enrique.

—No parece de Madrid; pero es muy hermosa y muy simpática.

—Por lo mismo que no parece de Madrid, son más fundados mis temores: tú no te apures, hija mía; porque, si desgraciadamente supiéramos algo desagradable, había que dar mil gracias á Dios de que esto sucediera antes de nuestro casamiento.

—Yo no temo nada, mamá, porque tengo mucha confianza en Enrique.

—¡Ojalá sea digno de ella! Ahora, retírate ya á tu cuarto, que es muy tarde: es probable que mañana sepamos á qué atenernos.

Besó Mercedes la mano á su madre; ésta estrechó cariñosamente á su hija, besándola en la frente, y se separaron.

Mercedes, aunque delante de su madre había fingido no abrigar ninguna clase de temores y estar serena y confiada, no era así. Desde que vió á Blanca y notó el efecto que la presencia de ésta produjo en Enrique, una sospecha cruel había hecho huir de su corazón la dicha que disfrutaba.

¿La había engañado Enrique? ¿Sería acaso el que le había demostrado tanto amor, el que iba á unir á ella su suerte, un hombre falso, vulgar, indigno de ella?

Tampoco pudo Mercedes descansar un momento: mil tristes pensamientos la asaltaban, y en el vuelo de su imaginación ya se veía separada para siempre de Enrique, y á éste al lado de otra mujer más hermosa que ella, pero que no podría amarle como ella le amaba.

La sola idea de que pudieran ser una verdad sus presentimientos llenaba de amargura el corazón de aquella niña encantadora, y esto era natural.

Tierno y delicado lirio, resguardado siempre por el cariño de sus padres y por su inocencia virginal, había crecido sin que marchitara sus hojas la corrupción ni experiencia del mundo que la rodeaba: sin que el huracán del desengaño hubiera doblegado su purísimo tallo. Siempre feliz, querida y festejada, la más leve contrariedad, la más ligera sombra de infortunio debía serle muy sensible; así es que la idea de una infidelidad de Enrique la sumía en el mayor desconsuelo. Llena de ilusiones por este amor; forjando mil risueños proyectos para el porvenir, había pasado su vida desde que aquél le manifestó sus sentimientos..... ¿Qué tiene de extraño que á la idea de que pudieran defraudarse sus esperanzas se creyera el ser más desgraciado del mundo?

Enrique, entre tanto, vagaba por las calles de la capital, sin rumbo fijo, no sabiendo qué determinación tomar, y en una lucha horrible su corazón. La presencia de Blanca había hecho encender en él la llama mal apagada de su antiguo amor, y le había parecido más hermosa, más buena que nunca.

—¡Qué feliz hubiera sido con ella!—murmuraba.

Pero luégo acudía á su mente el recuerdo de Mercedes, y se espantaba á la idea de causar un desengaño á aquella niña, que tanto le amaba.

En aquel momento, aunque esto pareciera extraño, no podía él mismo darse cuenta de cuál de las dos era á la que amaba verdaderamente, y estaba indeciso, vacilante y con una excitación y ansiedad indescriptibles.

Una mano que sintió posarse en su hombro le hizo volver en sí, y se encontró con su amigo Eugenio, que, como él, y debido también al apoyo de D. Pedro de Vargas, había salido de la miseria en que yacía, y su nombre era ya apreciado en la república de las letras. Luis, el compañero de ambos, prefirió admitir un destino y se había marchado á Puerto-Rico hacia cuatro meses.

—Desde que saliste del teatro te estoy siguiendo y observando—dijo Eugenio, pasando su brazo por el de Enrique—y algo grave te pasa.

—¡Ah! No lo sabes bien, Eugenio.

—Pues para que lo sepa nos iremos á un café, y allí me contarás; pero antes que todo, dime quien es aquella joven que acompañaste desde el teatro hasta la fonda del Comercio.

—Pero ¿de veras me has seguido desde entonces?

—Como lo oyes: se me metió en la cabeza que ibas á hacer una tontería, y quería evitarla á todo trance: creo que no me regañarás por eso.

—Querido Eugenio! ¿Cómo te he de regañar? ¡Si supieras cuán desgraciado soy!

—Te repito que quiero saberlo; pero antes contéstame á la pregunta que te he hecho: ¿quién es aquella joven?

—Ya lo sabrás, hombre; vén, entremos aquí.

—Vamos allá.

Y ambos jóvenes entraron en el café del Siglo, cuya puerta, medio entornada, indicaba que aún se admitían parroquianos.

Sólo había dos ó tres mesas ocupadas; así es que pudieron los dos amigos colocarse cómodamente, sin peligro de que nadie se enterara de su conversación.

—Vamos á ver—dijo Eugenio—ya estamos en disposición de pasar aquí aunque sea toda la noche: empieza pues.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

COMIDAS DE CEREMONIA.

(DETALLES DEL SERVICIO.)

Al enviar las invitaciones para una comida de ceremonia, debe cuidarse de hacerlo con cinco ó seis días de anticipación, á fin de poder invitar con algun tiempo á otras personas en sustitución de aquellas que, por enfermedad, ocupaciones apremiantes, etc., se excusaran de asistir.

No se debe nunca invitar mayor número de personas que aquellas que con toda comodidad puedan sentarse á la mesa, teniendo en cuenta la capacidad de ésta.

El comedor debe estar decorado con macetas de plantas verdes, y la mesa ha de presentar un golpe de vista armonioso. El *surtout*, ó centro de mesa, puede ser de plata de ley, ó en su defecto, de *ruoltz*, pero siempre de buen gusto artístico: generalmente, estas piezas decorativas rematan en una ancha copa ó en un ánfora, donde se colocan las flores. Es indispensable colocar en los extremos de la mesa candelabros con numerosas bujías; pues cuanto más brillante sea el alumbrado, más lucirán la plata del servicio, los cristales tallados y las vajillas de rica porcelana.

Ya ha desaparecido el uso de colocar sobre la mesa, desde el principio de la comida, una gran parte de los platos que han de componerla, puestos sobre caloríferos y cubiertos con tapaderas de plata ó plaqué. Por el contrario, el uso más generalmente adoptado en la actualidad es cubrir la mesa con los postres, colocando en los cuatro extremos los fruteros, los compoteros, las bandejas de bombones, etc., etc.

El centro de mesa, en las casas donde no le haya bastante decoroso, puede ser reemplazado por una de esas bonitas *corbeilles* llenas de flores, que todos los jardineros-floristas saben preparar.

La persona que es invitada á una de estas comidas debe acudir con la más rigurosa exactitud: hacerse aguardar es dar una prueba de mala educación. En cuanto al dueño y á la dueña de la casa, el respeto hacia los demas invitados exige que no retarden el dar principio á la comida más de un cuarto de hora por esperar á un convidado poco puntual.

Reunidos los invitados en el salón, cuando el criado viene á anunciar que *los señores están servidos*, el dueño de la casa ruega á la persona que ha de ocupar el puesto de honor en la mesa, que es á la derecha de la señora de la casa, que ofrezca á ésta el brazo. Ofrecer el brazo á la señora, sin haber sido invitado á ello, es una falta de cortesía.

El dueño de la casa, á su vez, ofrece el brazo á la señora que ha de ocupar su derecha. Los parientes de los dueños deben ofrecer el suyo á las señoras de más edad ó que ocupen posiciones sociales más elevadas.

El puesto que ha de ocupar en la mesa cada invitado se halla designado en las tarjetitas donde consta el *menu* de la comida, y que deben estar previamente colocadas al lado de cada cubierto. Nadie debe sentarse hasta que lo hayan hecho los anfitriones.

El adjunto croquis de una mesa demuestra cuáles son los puestos del dueño y de la dueña de la casa. El sitio más honorífico, ya hemos dicho que es la derecha de la dueña.

Los puestos que siguen en distinción honorífica son, para los hombres, los más inmediatos á las señoras colocadas cerca del dueño ó de la dueña de la casa. Las damas de edad, ó que ocupen posiciones elevadas en la sociedad, sea por sí mismas ó por sus esposos, deben tener puestos preferentes.

Para asegurar el buen servicio de una mesa de veinte cubiertos hacen falta: un *maitre d'hôtel*, que corte las carnes, las aves y los pescados; cinco criados que sirvan, y otro especialmente encargado de los vinos.

Los criados circulan los platos alrededor de la mesa, presentándolos siempre por el lado izquierdo de cada convidado, y anunciando discretamente á media voz el plato que ofrecen. Es asimismo obligación de los criados reemplazar el plato y cubierto de cada invitado, así que haya concluido, por otros nuevos.

Terminada la comida, vuelven los convidados al salón, donde se toma el café. Un criado presenta las tazas y el azúcar en una bandeja, y el otro las va llenando. Despues, el uno vuelve con la bandeja para ir recogiendo las tazas vacías, y el otro trae en otra los licores.—X.

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

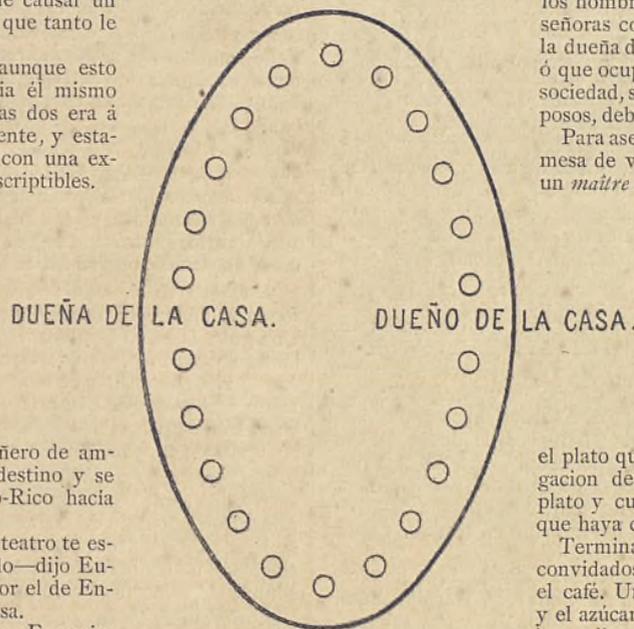
Baile en el palacio de la Princesa de Sagan.—El día del barnizado en el Salón.—*Toilettes* elegantes.—Casamientos parisienses.—Colores de antaño y colores de hogaño.—Un pecado mortal de color de rosa.—La cuestión del divorcio ante las Cámaras francesas.—Una dama que aguarda que se vote la ley para reconciliarse con su marido.—El perdón de los favores.

A estación de las fiestas aristocráticas acaba de terminarse con un baile espléndido en el hotel de la Princesa de Sagan. Era este baile como el ramo luminoso que venía á coronar los famosos fuegos artificiales de las fiestas del invierno: brillantes cohetes, que sólo duran, por desgracia, el espacio de algunas horas.

El hotel-palacio de la Princesa de Sagan está admirablemente dispuesto para esa clase de recepciones.

La hilera de salones, de un género nobilísimo; la galería de fiestas; el inmenso comedor, donde había servida una cena fabulosa, son otros tantos marcos dignos de las bellezas aristocráticas que en ellos se mueven.

Hay que estar en París para poder reunir ochocientos



notabilidades de *primo cartelo*, y para ver brillar tantos hermosos ojos como diamantes. Y es preciso ser princesa y poseer un patrimonio casi regio para recibir á sus convidados con un refinamiento lujoso y una magnificencia que es punto ménos que imposible el describir. Flores, luces, bellezas, joyas, hallábanse prodigadas como en un cuento de *Las Mil y una noches*.

La Princesa de Sagan, que parece desprendida de un cuadro del Ticiano, con su talle esbelto y sus cabellos color de oro oscuro, llevaba un vestido de raso color de cabellos de la Reina, todo cubierto de tul bordado y de diamantes fulgurantes. Un aderezo de diamantes brillaba entre sus cabellos.

La Condesa de Beauharnais, esposa del gran duque de Leuchttemberg, vestía de color de rosa pálido. Una magnífica diadema de diamantes y esmeraldas, un collar y broches de lo mismo, realizaban su espléndido traje.

La Princesa de Lynar lucía un vestido de tul azul ojos de Rey, salpicado de florecillas azules y de brillantes.

La Princesa Tronbetzkoi vestía de blanco. Cola de terciopelo labrado, abierta sobre un delantal cubierto de bordados; diadema de diamantes y perlas.

La Duquesa de la Rochefoucauld-Bisaccia llevaba un traje de raso mirto, aderezo de diamantes.

La Marquesa de Galliffet estaba encantadora con su traje de tul morado obispo, bordado de estrellas de plata.

La Condesa de Beaufort vestía de raso y tul verde azulado, ojo de Minerva.

La Marquesa de Lillers llevaba un vestido de raso blanco con delantal de tul, sobre el cual se hallaban sembrados unos pensamientos del efecto más poético.

La joven y linda Marquesa de Béboeuf, vestida de tul color lila de Persia y rosas de Rey, dirigió el cotillon, acompañada de Mr. de Audigné.

Tres preciosas señoritas, vestidas de blanco, tres rusas, personificaban la gracia y la primavera: eran éstas mademoiselle Martinoff y las dos princesas Alexandra y Olga Troubetzkoi.

El hermano del Sultan de Turquía, Mehemet-Baja, y Essad-Bey, ayudante del Sultan; el Duque de Nemours, el Príncipe de Joinville, lord Lyons, embajador inglés; el Duque de Fernan-Núñez, y muchas otras celebridades masculinas poblaban los salones de Mme. de Sagan.

En cuanto á las damas notables por su belleza ó su elegancia, no he citado más que unas cuantas, al acaso. Para ser imparcial, sería preciso citarlas todas.

El barnizado del Salon de pinturas, vispera de la apertura al público, es una verdadera Exposición de *toilettes*, ni más ni ménos que las primeras carreras de caballos.

Ni lo intransitable de las altas escaleras, ni la multitud de pintores, ni el olor del barniz, impedían á la *high-life* el invadir los salones de la Exposición de Bellas Artes y el comentar á su sabor el *San Crisóstomo predicando delante de la emperatriz Eudoxia*; El 14 de Julio de 1880, tan lleno de animación y de vida, y el cuadro de Puvís de Chavannes, *Pro-patria*, muy admirado de cierto público.

De todos los vestidos primaverales que barren el pavimento polvoroso de la Exposición, nótese que la mayor parte son grises; muchos son negros, y —los más raros— color de azufre. El *verde húngaro*, el *azul húsar* y los chaqués cubiertos de galones y alamares, destronan el azul marino y la modesta sencillez de la casaca lisa.

Un precioso traje de faya gruesa, color gris raton, se componía de una falda lisa, orlada de un rizado recortado y de una casaca persa ó levita con largos faldones lisos: las solapas y las carteras de las mangas, así como el chaleco, iban cubiertos de aplicaciones de cuentas de un gris matizado. Una manteleta de punto de azabache, muy corta, caía como una cascada sobre este vestido, de una elegancia distinguidísima. El sombrero era de paja gris, forrado de faya del mismo color, é iba adornado con un enorme ramo de rosas: ala levantada de un lado é inclinada del otro.

Otro traje más sencillo: falda de crespón verde húngaro, con pliegues gruesos triples. Corpiño y *paniers* de seda cambiante verde, oro y bronce, con rayitas color marfil. El *pouf* de seda iba recogido muy alto, bajo la aldeta del chaqué, que es de paño verde galoneado. Gorra de paja ribeteada de terciopelo y rodeada de aves del paraíso. Falda plegada de *surah* adamascado azul, con grandes daderos; *paniers* planos. Casaca azul húsar como el vestido. Capota de paja azul con flores amarillas.

Precioso vestido de crespón de la China, gris de lino, con volantes bordados de lo mismo, sin *pouf*. Corpiño húsar, adornado con alamares de seda. Banda de *surah*, salpicada de azabache y guarnecida de encaje de Chantilly. Sombrero *Rantzau* de paja Manila, forrada de terciopelo gris, y ramo de flores variadas: lilas, miosótis y pensamientos, todas flores de la estación.

Varias bodas en lontananza: la de Mlle. Mélanie de Indy y M. Paul de Pommereau, oficial de Marina; la de mademoiselle Susanne Dargent y el baron Alberto de Ravinel, y el de Mlle. Gabriela de Joubert con el Conde de Pardiens.

El 8 de Mayo celebróse en la iglesia de Santa Clotilde el casamiento de Mlle. Bartholini con Mr. Jehan de la Bédoyère. Madame Bartholini, madre de la desposada, que une la bondad á una rara belleza, ha sabido distinguirse, merced á su gran fortuna, en todas las fiestas parisienses, singularmente en las obras de beneficencia, donde su caridad es bien conocida.

Ahora que está en uso el bautizar los colores con nombres más ó ménos exactos y caprichosos, no estará fuera

de lugar el que echemos una ojeada á tiempos pasados, para comparar nuestras denominaciones á las que se usaban en los siglos XVII y XVIII.

El *minimo* era un color de hábito de fraile; el *gris de lino* era el mismo que vuelve á estar hoy de moda; la *triste amiga*, color que no conocemos, pero que debía ser un color oscuro; la *mascarada*, reemplazada ahora con el color Malboroug; el color *rata*, léase *raton asustado*; el *celador*, que ha dado su nombre á la porcelana; el *verde naciente*; el *gris paloma torcaz*; la *flor moribunda*, y, finalmente, el *pecado mortal*, cuyo color, si he de dar crédito á una escritura de la época, era un color de rosa pálido.

Yo no creo, sin embargo, que todos los pecados mortales sean de color de rosa.

Ya sabrá V. que la Cámara de Diputados ha votado la ley que restablece el divorcio en Francia, y aun cuando le falta la sancion indispensable del Senado, y ésta no es tan segura como algunos creen, las imaginaciones se dan rienda suelta sobre las consecuencias de esta grave reforma, y prepáranse toda suerte de peripecias y de complicaciones más ó ménos singulares, si la ley es votada definitivamente. Toda una revolución en las costumbres de esta sociedad, tan ansiosa de novedades, y que aceptará con su pasión acostumbrada la nueva institucion, unos como actores, otros como espectadores ó curiosos.

Hablábase noches pasadas en un salon parisiense de la votacion sobre el divorcio.

Un diputado, que se hallaba presente, explicaba que sería necesaria una segunda deliberacion, y por último, que el Senado habia de resolver en definitiva. Todo lo cual duraría lo ménos tres meses.

—¡Oh! entónces—exclamó cándidamente una auditora, —tiene una todavía tiempo de hacer las amistades con su marido.

Referíase en un círculo literario que cierto escritor, que se distinguía recientemente por una crítica sangrienta contra el Director de un periódico parisiense, habia recibido del mismo Director favores sin cuento.

—¿Y eso les sorprende?—observó la maliciosa madame de B..., filósofo con faldas. —¿No saben VV. que lo más difícil que hay en el mundo es el perdon de los favores?

X. X.

París, 16 de Mayo de 1882.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.685.^o(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.^a y 2.^a edicion de lujo.)

1. Sombrero de paja gruesa, con ala ancha, levantada por el lado derecho, y copa cuadrada. Va adornado de una guirnalda de flores azules, amapolas y botones de oro, y de un *pouf* de encaje *ficelle*, que cubre en parte la guirnalda.

2 y 3. Sombrero de paja fina. La forma del fondo se obtiene frunciéndola á todo el rededor, para unir la á la circunferencia interior del ala, la cual va levantada por un lado y ribeteada de un encaje, que cae sobre la frente. Una banda apuntada con dos broches de cuatro perlas guarnece el lado derecho, y bajo el ala levantada se pone un ramo de reinas-margaritas y de hojas.

4. Sombrero Van-Dyck. Este sombrero es de paja inglesa, de copa puntiaguda y alas anchas, forradas de terciopelo verde mirto. Plumas cortas por delante, y pluma amazona, color de *paraíso*, que se extiende hácia el lado izquierdo.

5. Capota de tul beige y encaje del mismo color. Todo el fondo va finamente frunció y salpicado de cuentas azules. Una guirnalda de rosa de varios matices adorna todo el delantero y va medio cubierta con un encaje. El ala y el *bavolet* van ribeteados de bolitas azules, de un azul gris llamado azul *telégrafo*. Las bridas, de encaje beige, anudadas en el lado derecho, van pegadas á la capota con un broche cuadrado de cuentas. Plumas azules en el lado izquierdo.

6. Capota de raso color rubi. El delantero, bullonado, va atravesado con alfileres dorados. El fondo va bordado enteramente y salpicado de cuentas de oro y plata. Las bridas se anudan por delante con un lazo mariposa, enteramente ribeteado de un bordado de oro y plata sobre fondo azul. Plumas de color de camaron.

7. Guirnalda de flores campestres para sombrero de jardín.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Tener una *toilette* elegante y cuidadosamente hecha es una buena cosa; pero si se ha de llevar de un modo que favorezca, es indispensable que vuestras encantadoras personas estén preparadas á hacerla valer.

Por perfectas que sean vuestras formas, hay una belleza de convencion, á la cual la Naturaleza es completamente extraña, y que sólo pueden dar hábiles artistas.

La casa P. de Plumet (33, rue Vivienne, París) posee, mejor que otra alguna, el secreto de ayudaros á perseguir los fines de esa plástica de fantasía.

Los corsés, las enaguas, las *tournures*: tales son las especialidades de la casa P. de Plumet, y sabido es que estos tres objetos son los que concurren á componer el tipo soñado por la moda. Cuando hayais confiado á la casa de Plumet el cuidado de confeccionaros los unos y los otros, podréis adoptar tal ó cual forma de traje, en la seguridad

de lucir formas irreprochables y un aire de perfecta elegancia.

Entre los productos de perfumería en favor, no hay seguramente ninguno de virtud más eficaz que la *pasta de terciopelo*, de la casa Guerlain (15, rue de la Paix, París). Da á la piel un aterciopelado que justifica plenamente su título. Basta tomar una pequeña porción de ella, que se extiende sobre un lienzo empapado en agua tibia; se frota con él el rostro, y en seguida se obtiene una finura de cutis, una suavidad incomparables. Para las manos, es suficiente servirse de la pasta de terciopelo, como si fuese una pastilla de jabón, mojàndola igualmente en agua tibia.

Esta pasta tiene grandes propiedades tónicas; no solamente suaviza la piel, sino que afirma los tejidos, refresca la tez, y contribuye, seguramente, á la conservacion de la juventud, que es la gran preocupacion de las señoras, las cuales, para intentarlo y conseguirlo, no deben recurrir á medios violentos, sino al uso constante de esos productos benéficos, cuya especialidad tiene la casa Guerlain.

PARIS. Corsets pour les Modes actuelles. — M^{mes} de Vertus seurs, 12, rue Auber. — Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo. — E. COUDRAY, perfumista, 13, rue de Enghien. Todos estos perfumes, de cualquier clase que sean, como se hallan concentrados en un volumen reducido, exhalan aromas exquisitos, suaves, duraderos y de buen gusto. — Medalla de oro y cruz de la Legion de Honor en la Exposicion Universal de París. (Véase el anuncio en la cubierta.)

VERDADERA
AGUA DE BOTOT,
ÚNICO DENTÍFRICO APROBADO POR
LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS
POLVOS DE BOTOT,
DENTÍFRICO CON QUINA.

Depósito general en París, 229, rue Saint-Honoré.
Depósito: Boulevard des Italiens, 18, y en casa de los principales comerciantes.

SOLUCION Á LA SOLUCION-SALTO

PUBLICADA EN EL NÚM. 15.

«Cal», producto es mineral,
«Do», se halla en diapason,
Y, á no dudarlo, sustancia
Es «caldo», caro lector.



La han presentado las Sras. y Srtas. D.^{as} Joaquina Alvarez, — D.^a Elodia Arenas Rodriguez, — D.^a María Nuñez Muñoz, — D.^a Emilia Gomez Villalta, — D.^a Sofia Berriz de Arujo, — D.^a Mercedes Moreno, — D.^a Arsenia Rodriguez, — D.^a Antonia Gutierrez, — D.^a Antonia D. Varela Verea, — D.^a Ramona Andrada, — D.^a Felisa Sunico, — D.^a Jesusa Setien, — D.^a Lucía y D.^a Gregoria Marquez, — D.^a Rafaela de Castro, — D.^a Matilde y D.^a Rosalia Solares, — D.^a Emilia Carmona, — D.^a Francisca Martin, — D.^a Carmen Torres, — D.^{as} Concepcion Hernandez, — D.^a Teresa Ansaldo de Dallas, — D.^a J. M. de C. — D.^a Carolina B. de Garibaldi, — D.^a Plácida Edivars y Diston, y D. Salvador Arujo.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.^a (16, rue Suger, París).



Nº1685P

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas.12.prál

M A D R I D

Perfumeria de lujo. Guerlain.15.r.de la Paix.Paris.
Cintura-Regente B.^{te} & Corsets Anne d'Autriche de M.^{me} de Vertus P.^{re} Stuber. Paris.